

LA INFANCIA Y JUVENTUD DEL MARQUÉS DE SAN ADRIÁN, TUDELANO RETRATADO POR GOYA

Pablo GUIJARRO SALVADOR

José María Magallón y Armendáriz, marqués de San Adrián, es un personaje cuya imagen se conoce en todo el mundo por el retrato que le realizó Francisco de Goya. Los historiadores del arte coinciden en considerarlo uno de los mejores retratos masculinos del pintor aragonés.

Para Navarra esta obra constituye uno de los hitos de su patrimonio artístico, como también la plasmación en lienzo de uno de los momentos clave de su historia cultural, tradicionalmente denominado “hora navarra del siglo XVIII”: la participación en las élites dirigentes de la monarquía borbónica de un grupo de navarros con un talante reformista inspirado por las ideas de la Ilustración.

En su larga vida de 82 años el marqués fue testigo –y en momentos protagonista– del proceso de desmoronamiento del Antiguo Régimen y advenimiento del Estado liberal. Su matrimonio con la marquesa de Santiago lo llevó a codearse con la aristocracia y el mundo intelectual de la Corte, como Goya, que debió tenerle gran estima a la vista de la sinceridad del retrato. Durante la invasión napoleónica, trató de consumir su ascenso social del lado del partido afrancesado, convirtiéndose en primer maestro de ceremonias de José I, lo que le condenará al exilio en Burdeos, donde ejercería el liderazgo de los españoles emigrados. Estas etapas de su agitada biografía siguen pendientes de estudio, a diferencia de su infancia y juventud, mejor conocidas por desarrollarse en el marco del núcleo ilustrado tudelano. Esta prime-

ra parte de su vida anuncia el perfil de modernidad que, en lo ideológico y en lo más íntimo y personal, adoptarán un tiempo y un país inmersos en las convulsiones revolucionarias que desembocarán en el nacimiento del mundo contemporáneo.

LOS PRIMEROS AÑOS EN TUDELA

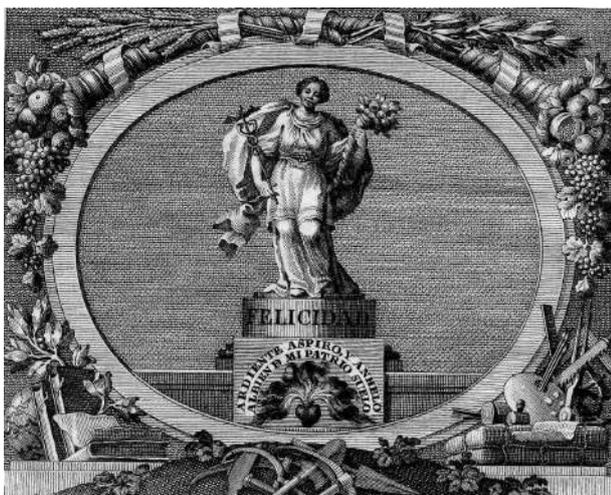
José María Magallón y Armendáriz nació en Tudela en 1763, siendo bautizado en la todavía colegiata el día 4 de abril. Por parte paterna, pertenecía a un linaje de la vieja nobleza navarra, los Magallón, señores de San Adrián y Monteagudo, con título de marqueses desde 1696. Por parte materna, descendía de una familia de la “hora navarra”, los Armendáriz, que habían obtenido el marquesado de Castelfuerte y acumulado una gran fortuna por sus servicios a los Borbones en el ejército y la administración.

El matrimonio formado por José María Magallón y Mencos y María Josefa Armendáriz y Acedo tendrá otros cinco hijos que llegaron a edad adulta, cuatro mujeres y un varón, Joaquín Mariano, que heredaría los títulos a la muerte de su hermano mayor.

Se puede conjeturar cuál fue la educación que recibió el futuro marqués analizando el contenido de la *Biblioteca de familia*, una colección de manuscritos elaborados por su abuelo, Francisco Magallón y Beaumont, donde recopiló los diferentes aspectos relativos al manejo de una casa noble, entre ellos la enseñanza de los hijos. Puso por escrito su propia experiencia para que sirviera de guía a sus sucesores. Su plan educativo se basa en la intervención de los padres en lugar de la escuela pública o la contratación de estudiantes o capellanes como maestros particulares, lo habitual en otras casas nobles. El padre impartiría las lecciones y tendría junto a él a su hijo, tanto dentro como fuera de casa, con el propósito de poder hacerle observaciones de cuanto ocurriese. Por su parte, la madre se ocuparía de enseñar a leer y la doctrina cristiana. Una vez superada la niñez, el proceso formativo continuaría con la instrucción en el manejo de la hacienda familiar, que los Magallón administraban personalmente, los primeros rudimentos de francés y la lectura de libros, donde se podía aprender “la gran sabiduría de ser hombre de acierto en las obligaciones de su estado y profesión”.



Palacio de los marqueses de San Adrián en Tudela



Empresa de la Real Sociedad Tudelana de los Deseos del Bien

La librería familiar era inmensa: en 1779 contaba con más de 1.700 volúmenes que correspondían a cerca de 800 títulos diferentes. Su contenido reflejaba la pluralidad de intereses que caracterizó a los ilustrados, que tan pronto pasaban de la historia a la física, como de la agricultura a la poesía. Entre sus rasgos más notables se pueden citar el importante número de obras en francés, la predilección por la temática pedagógica y la presencia de publicaciones periódicas y de un compendio de *l'Encyclopédie*. El joven José María Magallón pudo tener acceso a las principales novedades editoriales de su tiempo, pero también a los clásicos grecolatinos, que sus antepasados del foco humanista tudelano habían adquirido dos siglos atrás. Por fortuna, todavía se conserva buena parte de esta biblioteca depositada en el Archivo Municipal de Tudela.

Los sucesivos enlaces de los herederos del marquesado de San Adrián con los Mencos y los Armendáriz, además del saneamiento de la economía familiar, habían supuesto una vinculación con los ilustrados vascos y la órbita cortesana, y con ello un contacto directo con las nuevas mentalidades del Siglo de las Luces. En efecto, tanto el abuelo como el padre de nuestro personaje concibieron proyectos reformistas en pro de la felicidad pública, que presentaron ante las Cortes del reino y ante la Sociedad Económica de Tudela, fundada en 1778, la única de este tipo en Navarra, que ambos organizaron e impulsaron. Esta institución, denominada Real Sociedad Tudelana de los Deseos del Bien Público, tuvo su origen en la tertulia erudita de la Conversación, que reunía en el palacio de los Magallón a los principales prohombres de la ciudad para examinar los discursos que cada uno había elaborado sobre materias de su conocimiento. Nuestro personaje crecería en este ambiente de tertulias más o menos formales con parientes o amigos e ingresó en calidad de alumno tanto en la Conversación como en la Sociedad Económica, participando así del espíritu ilustrado de contribuir al bien público como útil ciudadano.

EL SEMINARIO DE VERGARA

Cuando el heredero contaba ya con 12 años, se hizo necesario completar su formación con la enseñanza de las ciencias experimentales, los idiomas y las destrezas propias del estamento nobiliario, como el baile. El abuelo, Francisco Magallón y Beaumont, que hasta entonces había asumido el papel de maestro, escribió en busca de un posible preceptor a varios socios de la Sociedad Bascongada y a sus parientes Armendáriz en Madrid. Las respuestas fueron desalentadoras, puesto que señalaban la ausencia de sujetos adecuados para este fin en España. El objetivo pasó a ser el de enviar al muchacho en viaje de estudios a París, para lo que se realizaron numerosas e infructuosas gestiones, de tal modo que llegó a los 19 años sin tener algunos de los conocimientos y habilidades indispensables en un noble de su edad.

Los inconvenientes encontrados en la planificación de la educación de su sucesor explican los proyectos de creación de un seminario de nobles en Tudela elaborados por los marqueses de San Adrián. Su referente era el Real Seminario de Vergara, abierto por la Sociedad Bascongada en 1776, cuyo plan pedagógico innovador encaminaba a los alumnos hacia carreras en el ejército y la administración. Allí se estableció el joven José María Magallón entre 1782 y 1785, apadrinado por el marqués de Narros, secretario de la Bascongada y organizador del centro educativo, quien estaba emparentado con los Magallón a través de los Mencos. *"Mi familia será la suya y le cuidaré como a mí mismo"*, aseguraba Narros, que describía así lo que encontraría en el Seminario: *"La proporción de estudiar y saber no puede ser más completa. Excelentes maestros, buenas máquinas y laboratorios, surtido escogido de libros y un trato generalmente filosófico"*. Debido a su edad, tuvo que asistir a las clases en calidad de "alumno externo". Durante los periodos de vacaciones, se desplazaba hasta la Baja Navarra al castillo de los barones de Armendáriz, tíos de su madre, donde perfeccionó el francés. Los testimonios de quienes lo conocieron en este periodo coinciden en valorar su afición al estudio: *"su disposición para un todo es única, su aplicación no cabe más"*; *"tiene una conducta admirable, mucha aplicación y un tono y finura propio de sus circunstancias"*.

EL VIAJE DE ESTUDIOS A PARÍS

Los barones de Armendáriz fueron quienes encontraron al preceptor que dirigiría los estudios del joven heredero en París durante los siguientes cuatro años. Se llamaba Miguel Felipe de Lobegeois y había ejercido durante dos décadas como secretario de embajada en las Cortes de Suecia y de Berlín, un currículum adecuado para las pretensiones de su alumno de dedicarse a la carrera diplomática. El coste de la empresa, que superaría considerablemente lo previsto, se financió con la venta de la plata y las joyas de



la familia. Eran los años de carestía de precios que precedieron a la Revolución Francesa.

El 2 de octubre de 1786, con 23 años, José María Magallón partía de Tudela hacia París. En los primeros meses estuvo acompañado por el hijo primogénito de los barones de Armendáriz. La mayoría de las materias del plan de estudios las aprendía con Lobegeois, excepto matemáticas, dibujo, música, esgrima y montar a caballo, para las que hubo que contratar a otros maestros. Según las cartas remitidas por el preceptor, se le daba mal el dibujo, su instrumento preferido era el arpa y consiguió hablar y escribir francés con facilidad y método. Visitó talleres de artistas y artesanos, donde se instruyó en las bellas artes (arquitectura, pintura, escultura y grabado) y en los productos de la industria y el comercio, asistió a cursos públicos dedicados a las nuevas ciencias y, como no, conoció los grandes monumentos de la ciudad y sus alrededores.

Lobegeois fijó un horario de unas ocho horas para el estudio, después del cual su alumno podía dedicarse a la vida social. Desde el principio, los momentos de sociabilidad se convirtieron en el verdadero centro de interés del viaje. El embajador conde de Aranda introdujo a nuestro personaje en las casas más importantes de la capital, como la de la familia Cabarrús, que le tomó un gran afecto y lo convidaba a menudo a cenar. A las invitaciones había que acudir vestido adecuadamente y en coche de alquiler, con el consiguiente aumento de la cuenta de gastos. Esto suscitó la desconfianza de su padre, quien consideraba que la vida cortesana no debía formar parte del programa de actividades. Lobegeois respondió a los recelos afirmando que estas visitas eran una oportunidad para aprender los principios de la cortesía y para poder conocer y juzgar a sus semejantes. Para alguien de su estatus, frecuentar a la sociedad parisina era mejor enseñanza que la contenida en los libros.

La estancia en la capital francesa terminaría mucho antes de los cuatro años estipulados. La imposibilidad de hacer frente al coste de los cursos y su creciente vida social cortesana, sumado al abatimiento provocado por la muerte de su madre, adelantaron su regreso al 10 de mayo de 1788. Estos diecisiete meses en París moldearon la personalidad del futuro marqués de San Adrián, que se convirtió en un joven cosmopolita e ilustrado, para el que se abrían prometedoras perspectivas de éxito. Las destrezas sociales que desarrolló anticipan la notoriedad que alcanzaría años después entre la alta sociedad madrileña. Así lo advirtió su preceptor: era tan bien recibido allí donde iba por estar adornado de las cualidades que se estilaban en la buena sociedad. Pocos extranjeros habían tenido una acogida semejante, por lo que le auguraba un gran porvenir si se conducía como hasta entonces.

MADRID: EL MATRIMONIO CON LA MARQUESA DE SANTIAGO

En septiembre de 1789 padre e hijo se trasladaron a Madrid, donde al poco tiempo el joven se convierte en objeto del "favor e inclinación" de María Soledad Rodríguez de los Ríos, viuda con dos hijos y heredera del marqués de Santiago, uno de los aristócratas más acaudalados de aquel tiempo. Además, tenían cierto parentesco, ya que el marqués de Santiago estuvo casado con María Antonia Armendáriz, tía de nuestro personaje. Concertado en febrero de 1790, el fabuloso matrimonio supuso una nueva conexión de los San Adrián con los linajes ilustrados encumbrados por su servicio a la dinastía borbónica, en concreto los descendientes de un asentista que había provisionado a los ejércitos de Felipe V durante la Guerra de Sucesión. José María Magallón, a poco de cumplir 27 años, pasó a residir en un palacio de la carrera de San Jerónimo espléndidamente decorado con pinturas de Murillo y El Greco. Un año después se convertirá en marqués consorte de Santiago, con acce-



Retrato de José María Magallón y Armendáriz, marqués de San Adrián. Francisco de Goya, 1804 (Museo de Navarra, Pamplona)

so a una enorme fortuna y una vida de lujo y aparato en la que no se reparaba en gastos. Como anfitrión o invitado, entablaría relación con aristócratas, diplomáticos y literatos, entre quienes se documentan algunos miembros de la familia real, los Godoy o Cabarrús y Moratín, a quienes había conocido durante su estancia en París. Blanco White, al describir la vida en la Corte a comienzos del siglo XIX, dirá que a las tertulias de la marquesa de Santiago acudía "lo mejor de Madrid".

De esta manera, los Magallón culminaron el proceso paralelo de ascenso social y de participación de los nuevos valores ilustrados forjado durante la segunda mitad del dieciocho. Ya no se trataba de la recepción de ideas en una pequeña ciudad a través de libros, correspondencia o tertulias, sino de tomar parte en los círculos intelectuales de mayor modernidad de la Corte desde donde aquéllas se difundían.

El retrato realizado por Francisco de Goya en 1804 evidencia el encumbramiento del marqués de San Adrián, desde 1799 en posesión del título, con grandeza de España a partir de 1802. Parece ser que el genial pintor aragonés ejecutó los retratos del matrimonio por expresa voluntad del marqués. Aunque entonces había superado los 40 años, su aspecto físico nos permite intuir al joven apuesto y lleno de encanto que llegó a Madrid en busca de esposa. Su aire distinguido y sofisticado provendría de las buenas maneras que había podido observar de cerca entre la sociedad parisina. Detrás de su mirada lúcida y perspicaz, a la espera de retomar la lectura interrumpida, está un hombre cultivado, cuya planificada educación lo había preparado para brillar entre la aristocracia cortesana. En suma, la impresión al observar el retrato del marqués es que las cualidades captadas por Goya concuerdan con las que se dibujan en los documentos sobre su infancia y juventud.

Los primeros años entre el grupo ilustrado de Tudela, la formación especializada en el Seminario de Vergara y el viaje de estudios a París, en combinación con unas notables dotes personales y el vínculo de parentesco, dieron lugar al perfecto pretendiente. No debe extrañar que llamara la atención de su futura esposa. Es conocido el fracaso del matrimonio, envuelto en el escándalo por las relaciones caprichosas y faltas de recato que la marquesa de Santiago mantuvo con otros hombres. Goya coincide con las fuentes contemporáneas en su visión negativa de la marquesa, carente de belleza y sin la menor idealización, en total contraste con la imagen de su marido que colgaba en la misma estancia.

El pintor parece cautivado por la personalidad del marqués y logra transmitir su admiración al espectador. Con su acostumbrada agudeza inmortalizó los rasgos singulares de este personaje excepcional, que nos ayudan a comprender cómo el joven que

hemos visto partir de Tudela pudo alcanzar los honores más altos de la monarquía y una posición de privilegio entre la aristocracia y la vanguardia intelectual. **PREGÓN**

El autor es doctor en Historia e investigador en la Cátedra de Patrimonio y Arte Navarro (Universidad de Navarra)



Detalle del retrato del marqués de San Adrián

BIBLIOGRAFÍA

- GUIJARRO SALVADOR**, Pablo, "La educación de los hijos en una familia de la nobleza navarra: los marqueses de San Adrián", en José María Imízcoz Beunza y Álvaro Chaparro (eds.), Educación, redes y producción de élites en el siglo XVIII, Madrid, Sílex, 2013, pp. 133-156.
- GUIJARRO SALVADOR**, Pablo, *El espíritu ilustrado en Navarra: los marqueses de San Adrián y la Real Sociedad Tudelana de los Deseosos del Bien Público*, Gobierno de Navarra, 2016.
- IMÍZCOZ BEUNZA**, José María, "La hora del XVIII. Cambios sociales y contrastes culturales en la modernidad política española", en Príncipe de Viana (VII Congreso General de Historia de Navarra), nº 254 (2011), pp. 37-64.
- MAGALLÓN Y MENCOS**, V marqués de San Adrián, *Historia genealógica y cronológica de las casas de los señores de Monteagudo y San Adrián* (transcripción y estudio de José María Sanz Magallón y Rezusta, XVI marqués de San Adrián), UNED, 2017.